

PARTICIPACIÓN EN LA REUNIÓN DE CUPRIA/ANUIES

10 DE ABRIL DE 2018

Hace unos meses, dos líderes sindicales y un servidor, nos reunimos a comer, como lo solemos hacer un par de veces al año. Uno de ellos, líder de corte tradicional, miembro del PRI por convicción desde hace más de 30 años; la otra, una lideresa combativa de izquierda, seguidora y promotora activa de Morena; y su servidor, quien sin ser panista, colaboré durante todo un sexenio con uno de los presidentes de la República surgidos de ese partido. Como de costumbre, la conversación entre los tres fue amena, basada más en las coincidencias que nos unen que en las diferencias que nos separan. No rehuimos las discusiones, sino que hemos encontrado la manera de dialogarlas sin que se destruya nuestra amistad. Ese día, nuestra amiga retomó la propuesta de dar marcha atrás a la apertura comercial global del país y eliminar las concesiones petroleras y aseguró: “Eso es posible, en México tenemos de todo”. Ante esa afirmación, nuestro tercer amigo reafirmó: “Es cierto, en México tenemos todo”. La nota discordante vino de mí cuando repuse con pesar: “Tenemos todo, menos un par de cosas, sin las que actualmente es imposible lograr un auténtico bienestar: la priorización del valor de las personas y el conocimiento científico y tecnológico”.

Antes de continuar, quiero agradecer a las autoridades de la UPAEP, especialmente al rector, Dr. Emilio Baños Ardavín, la oportunidad de dirigirme a ustedes y también mi gratitud hacia todos, señoras y señores, rectores y representantes de los mismos, por prestarme sus oídos, su cerebro y su conciencia por unos minutos.

Como maestro, como uno de los miles de catedráticos que enseñan en sus instituciones, les reconozco y agradezco su compromiso por enfocar a las universidades agrupadas en ANUIES, y representadas por CUPRIA, hacia la transformación y el desarrollo de México a través de proyectos de impacto social. Sin pretender hacerla de quiromántico, supongo que en su mente deambulan preocupaciones similares a aquella que surgió durante la charla con mis amigos, referente al camino que le conviene tomar a nuestro país. Y, precisamente, quiero basarme en tales preocupaciones para compartir con ustedes tres situaciones y sus correspondientes propuestas.

Creo que llegó el momento en que las universidades reinventen el tiempo y el espacio para los mexicanos.

Primero. Padecemos la ausencia de un plan de largo plazo y de acciones concretas que nos posicionen como un país humanista, líder en el desarrollo y aprovechamiento de la ciencia y la tecnología. Entre las muchas cosas que aprendí de mi maestro Ichak Adizes, fue algo simple, pero que frecuentemente ignoramos: “Cuando se ponen a competir el corto y el largo plazo, éste último siempre acaba perdiendo”. En México, son tantas

nuestras carencias que sólo pensamos en sobrevivir un día más. Así vive más de la mitad de la población nacional que se ahoga en la pobreza; también lo hacen las empresas que necesitan de la rentabilidad inmediata y la mayoría de los políticos que no saben si mañana seguirán en un cargo público. A los mexicanos se nos ha olvidado el largo plazo. Ésta es una de las razones por las que nos encontramos tan lejos de la vanguardia: nos hemos acostumbrado a nuestra rutina de reaccionar ante los problemas que nos hemos olvidado de la necesidad de romper el círculo en que nos hemos metido nosotros solos. Y la única forma de hacerlo, es trabajar, en paralelo, tanto en el corto como en el largo plazos.

Por ello, me atrevo a proponer la formación de pequeños grupos de investigadores a los que se les pague por investigar y diseñar nuestro futuro humano, científico, tecnológico y cultural. Ya sé que ese es el espíritu del Sistema Nacional de Investigadores, pero nuevamente, el sistema está diseñado para que se deban de cumplir varias metas de corto plazo: número de publicaciones por año, número de citas, número de participaciones en congresos y conferencias, etc. Requerimos de académicos e investigadores que trabajen en el corto y largo plazos y de universidades que les permitan hacerlo; que mientras cumplen con sus metas de destajo, practiquen algo similar a lo que Santo Tomás de Aquino llamó el “ocio contemplativo”, no enfocado a la divinidad en este caso, sino al diseño de la humanidad futura, basada en parámetros humanos y con impulso tecnológico. No como sucede hoy, que diseñamos el futuro con parámetros tecnológicos a los que nos tenemos que adaptar los humanos. Necesitamos recuperar el lugar central de las personas, reafirmando su dignidad y valía y anticipando su cuidado y promoción en el corto y en el largo plazos. Es momento de reinventar el tiempo y trabajar proactivamente, disculpando la expresión, por una “humanidad humanizada” que se beneficie de la tecnología. No detengamos el ritmo del desarrollo científico y tecnológico, aceleremos el paso para preparar anticipadamente a la humanidad.

Segundo. quizá no sea del todo precisa la famosa curva de duplicación del conocimiento propuesta originalmente por Buckminster Fuller, en 1981, que sugería que el conocimiento de la humanidad se había venido duplicando cada 100 años hasta 1900 y que a partir de la II Guerra Mundial el lapso se había reducido a tan sólo 25. Tal vez tampoco sea tan exacto el nuevo cálculo realizado por Schilling, en 2013, que anuncia que ya hoy la duplicación ocurre cada 12 meses y que en pocos años acontecerá cada 12 horas. De lo que sí podemos estar seguros, es de que, salvo muy honrosas excepciones, México no se distingue por ser un país generador de conocimiento y que otras naciones que sí lo hacen, son capaces de ofrecer a sus ciudadanos mejores oportunidades de alcanzar niveles de bienestar superiores. Ya hoy, algunos sectores poblacionales están tan lejos del conocimiento y de los medios para acceder al mismo, que pareciera que estamos destinados a incrementar cada vez más la brecha que separa a quienes tienen los recursos necesarios para adquirirlo, de

quienes no los poseen. Hay que reinventar el espacio, acortar la distancia entre unos y otros, evitar la perpetuación de los dos Méxicos.

Por ello, pongo bajo su consideración, adoptar metodologías similares al modelo tetrahédico que emplea la UPAEP, nuestra anfitriona, y que conjuga proyectos de impacto social, desde la universidad. Tales proyectos incluyen: las iniciativas y el trabajo de las comunidades, con los programas, acciones y presupuestos gubernamentales, el patrocinio y participación de las empresas y el conocimiento adoptado y generado por la propia universidad, así como el involucramiento de sus maestros y estudiantes. Cuatro hélices girando coordinadamente con un mismo propósito. Las comunidades conocen sus necesidades, pero rara vez tienen el conocimiento y los recursos para satisfacerlas. El conocimiento lo generan y poseen fundamentalmente las universidades, sin que sea su patrimonio exclusivo; los organismos gubernamentales, las empresas y las comunidades son especialistas en sus propias áreas. Los recursos económicos se multiplican cuando todos ponen un poco de su parte: las comunidades, con el trabajo de sus integrantes, las empresas con parte de sus utilidades, los gobiernos con los recursos públicos que tienen bajo su custodia y las universidades con parte de los salarios que pagan a sus investigadores y académicos. En fin, sin que haya exclusividades, pero sí especialidades, el modelo tetrahédico u otros similares pueden atender las necesidades urgentes y ganar tiempo para introducir los cambios de fondo en el mediano y largo plazos. Reinventemos el espacio para acercarnos y trabajar coordinadamente universidades, gobiernos, empresas y ciudadanos.

Tercero. Perdón por incluir otra anécdota personal, pero la necesito para explicarles lo siguiente. Cuando trabajaba en la Residencia Oficial de Los Pinos, me di cuenta que la nueva era democrática en la que entraba nuestro país había cambiado sustancialmente el rol del Presidente de la República y del H. Congreso. La autoridad del presidente está ahora tan acotada que sin el congreso a su favor, las transformaciones que emprenda solamente serán superficiales o cosméticas. Pero los diputados y senadores, especialmente cuando los medios de comunicación masiva centran su atención en ellos, están tan preocupado por ganar simpatía para sus partidos políticos que lo más importante es “salir bien en la foto y despeinar a los demás partidos”. En ese contexto comprendí que los cambios para el país no vendrían del Presidente, ni de los Partidos Políticos, ni de los empresarios. Hoy comprendo la necesidad de que varias universidades creen, en conjunto, solidariamente, un espacio interinstitucional e incluyente, en el que, con la fuerza resultante de la unión de las instituciones que ustedes representan, se convoque a políticos y académicos de diferentes partidos, ideologías, universidades y perspectivas sociales a crear un foro permanente, que diseñe nuestro México futuro. Está demostrado que esta tarea no se la podemos dejar sólo a los políticos, que no han podido hacerlo, pues les falta imparcialidad y, con más frecuencia, conocimiento. Tampoco lo han podido hacer los gobiernos, que se ven sujetos al vaivén de los

trienios, los sexenios y las mayorías en los congresos. No es de esperar que los empresarios comanden este esfuerzo, aunque seguramente lo apoyarán, pues viven “con el Jesús en la boca” y siempre darán la bienvenida a la estabilidad. Con discreción y determinación, las universidades le pueden hacer este gran bien a nuestro México. Ahí están los expertos en economía, en leyes, en agricultura, en salud, en administración, en gestión del cambio, en filosofía, en negociación, en todo. ¿Dónde más? Las universidades solas no pueden, necesitan a los políticos para que legislen y patrocinen los cambios y a los empresarios y a la sociedad para que los operen y vigilen junto con ellas. ¿Se imaginan diseñando hoy el México del 2100, cuyos logros sean medidos a través de un gran tablero de control nacional reportado por un conjunto de universidades, que sea conocido y comprendido por el 100% de los ciudadanos con capacidad de votar? Generemos un espacio donde quienes saben (los académicos) y quienes crean las leyes y los programas (los políticos) construyamos los acuerdos básicos para este propósito.

Reinventar el tiempo, en mi reflexión, significa incluir al largo plazo, invertir en acelerar la promoción humana y contribuir a los desarrollos científicos y tecnológicos que deben acompañar a la humanidad dentro de 30, 50 o 100 años. Reinventar el espacio, es abrir lugares seguros donde podamos hermanar nuestras coincidencias en los valores que nos unen y acortar la brecha entre quienes pueden acceder al conocimiento y quienes no. De esta forma, podremos cumplir anhelos universales como la disminución de las desigualdades sociales, el mejoramiento educativo del mexicano promedio, la producción y difusión de conocimiento científicamente sustentado y socialmente útil, la exaltación de nuestros valores culturales y sociales, la protección y promoción de las poblaciones más vulnerables, en fin, todos aquellos principios y valores que nos ayuden a reubicar y mantener a las personas como el centro de la vida educativa, social, científica, tecnológica, política y económica.

Por favor, ¡reinventemos el tiempo y el espacio para México! ¡Nos toca a nosotros!

Mi experiencia de 40 años como psicólogo educativo y organizacional me ha permitido comprender lo que ahora es un principio fundamental de la psicología positiva, científicamente comprobado: que las personas que tienen un propósito en su vida alcanzan un florecimiento integral y son más felices; y que esto se potencia aún más cuando dicho propósito es trascendente. He aquí una mina de riqueza existencial para nuestros estudiantes.

También estas 4 décadas de ejercicio profesional me han confirmado la sentencia de otro de mis maestros, Will Schutz, de quien aprendí que todos los seres humanos compartimos un solo miedo fundamental, del que se desprenden todos los demás: el miedo de “no ser capaz de...”. Ese es el miedo que ustedes y yo compartimos con todos nuestros connacionales y con toda la humanidad. Sin embargo, como el mismo Will me enseñó, ese, y todos los temores derivados, pueden ser enfrentados con auto-determinación, es decir, con la capacidad de

elegir y construir mi propia vida. Por eso, con humildad, como maestro, por favor, ayúdenos a los mexicanos a reinventar nuestro tiempo y nuestro espacio.

Gracias.